

81124
45
2.4

U
900
S



BIBLIOTECA

LIBRERIA Y GORRUM
LIBRERIA Y GORRUM

178018004

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

BARCELONA: ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA, VILLARROEL, 17, (ENSANCHE DE SAN ANTONIO)

VI OMGT

ANONIMAS



ÉPOCA CUARTA

EL ABSOLUTISMO

EPOCA CUARTA

EL ABSOLUTISMO



CAPITULO PRIMERO

RENACIMIENTO DE EUROPA

Las artes plásticas en Alemania, Dinamarca, Inglaterra y España.

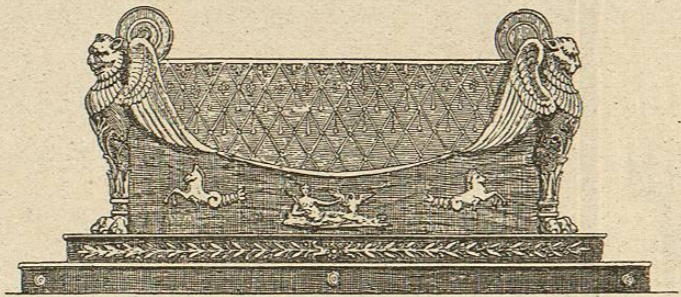
EXTRÁÑANSE cuantos no conocen detalladamente la historia del siglo XVIII, que Francia lo fuera todo en ese siglo y nada los demás pueblos de Europa al apuntar la Revolución francesa, y así es en efecto; y todavía se extrañan más de que no se necesite sino de Francia, y que en realidad no haya más que Francia en los momentos precursores de la Revolución.

Sorpréndense más los ánimos al recordar que el siglo XVIII es el siglo de Federico el Grande de Prusia, el siglo de José de Austria y el siglo de Carlos III de España, y como cada uno de estos tres grandes pueblos de Europa se esplaya con el recuerdo de la grandeza de dichos períodos, parece que hay exclusivismo ó que hay indiferencia cuando se prescinde de ellos para determinar el estado de



Europa al advenimiento de la Revolución de Francia.

Leído lo que dejamos escrito sobre la historia política del siglo XVIII y sobre sus letras y ciencias, ya se habrá notado que si en lo político, Prusia, Austria y España viven durante sus gloriosos reinados dichos del espíritu y de los jugos de Francia, el día que esta nutriz les retirase sus pechos había de ser para ellas un tan duro contratiempo que pusiera en peligro su existencia, porque no les era posible alimentarse á los pueblos tan bruscamente abandonados con sus propios jugos, y hé aquí por qué les encontramos tan débiles á pesar de su apariencia de robustez secular, tan pronto han de contrastar los juveniles ardores de la Revolución.



Lecho de la época imperial

despertar en las masas, si les valió para sus fines fué á expensas del trabajo y del progreso nacional porque apoyándose en aquella multitud que había de gritar en su día «¡vivan las cadenas!» los instintos y costumbres y vicios bajos de la multitud, tuvieron que subir á la superficie y de este modo reinó por todas partes con diversos nombres el chispero, la manola, el flamenco. Es decir, se hubo de optar entre la revolución y el embrutecimiento y se optó por esto último, y hé aquí por qué la España de Carlos III se fué á Trafalgar con buques averiados y montados por la caballería estremeña, y porque la Prusia de Federico el Grande se fué á Jena sin organización, ni fuerzas.

En el santo Imperio, el filósofo José no se asustaba de la Revolución porque como hemos visto la Revolución estaba latente en sus Estados, pero menos filósofo de lo que él creía serlo si no contuvo las expansiones del pueblo alemán porque en Alemania su autoridad imperial era más nominal que real, cerró pronto también las fronteras de sus dominios particulares, y gracias á su posición excéntrica continuó llevando la vida sibarítica y corruptora de la que se llamó edad de oro del siglo XVIII, de la época

De la brusquedad del cambio de Francia ya hemos demostrado que no hay nada, que no hay salto alguno, ni la naturaleza ni los hombres proceden por saltos. Lo que hay es, que, cuando un pueblo vive á expensas de otro, áun cuando no sea más que de una manera ligera, áun cuando solo sean sus capas superiores las que reciban los efluvios, parece como que da un salto al encontrarse privado de sus apoyos. Esto sucede respecto á Prusia y España en el siglo XVIII. Cuando en Francia se fué acentuando el movimiento que la llevó á la Revolución, Prusia y España se fueron alejando de ella, sus celosos y reaccionarios gobiernos pudieron sustraerlas á la influencia francesa, se denunció cuanto se hacía en Francia por ateo y revolucionario, y este santo horror que consiguieron

ca de Luís XV no sin entrever que de esta manera se iba á Wagram, pero la alternativa era dura y en Europa no hubo un solo Estado que pudiera seguir á Francia por las vías de la Revolución del 1789.

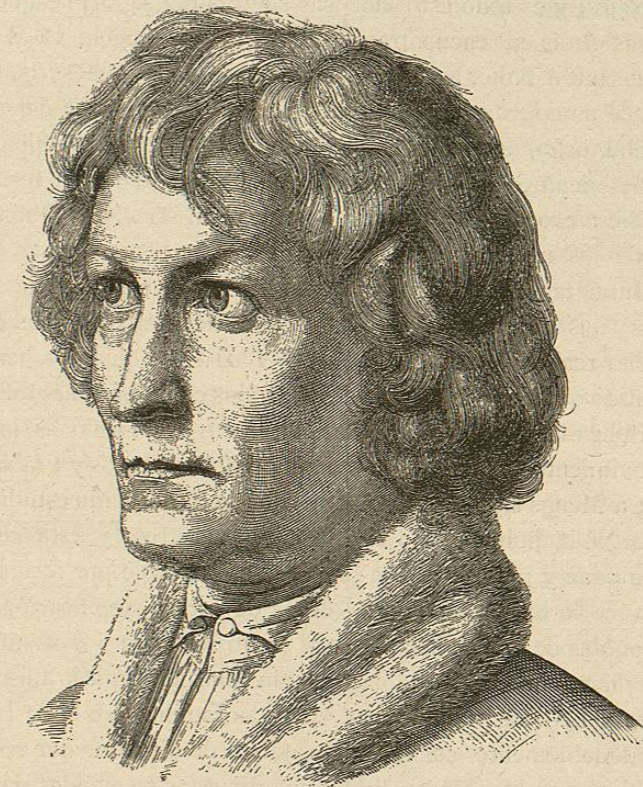
Solo en Alemania, solo en los Estados imperiales ó ducales del Rhin y en Flandes hallaba ardoroso eco la Revolución. Los Estados del Rhin habían adelantado á los demás Estados germánicos en cultura. Sus poetas, sus universidades, su teatro, su posición topográfica todo les llevó al convencimiento de que la anarquía imperial alemana era fatal para su emancipación y progreso, y esto les llevó á entregarse abiertamente á las influencias de la Revolución francesa que no supo distinguir lo que esta adhesión significaba, haciendo desgraciadamente de su simpatía escabel para su dominación con lo que no logró sino hacer de amigos enemigos.

Todo cuanto dejamos dicho, lo ha demostrado en el tomo anterior la historia literaria y científica de Europa, ahora lo completará la historia artística; los monumentos del arte son en todo tiempo expresión real y positiva del estado de un pueblo.

Tiene Alemania en el siglo XVIII un pintor, Denner, —1685-1747,—hijo de Hamburg, á quien la for-

tuna sonrió de tal modo, que del principio al fin de su carrera, fué el pintor favorito de príncipes y reyes. Sus cuadros eran disputados y pagados como si fueran de Rafael, y sin embargo, la crítica moderna está hoy muy severa con el pintor alemán. Llámasele el pintor de las minuciosidades, y con decir que su obra maestra, la que él tenía por tal, es una cabeza de mujer anciana, estíbase dicho todo. Es cierto, Den-

ner paseó por media Europa su cabeza de vieja enseñándola como una maravilla, y la gente se entusiasmaba ante aquella imagen real de la vejez, pero esto ¿por qué? Porque Francia que era el centro del arte, no producía ya más que obras llenas de un convencionalismo enojoso que hacía pasable, merced á la gracia de sus pintores y á la elegancia de su lapiz, de su paleta y de su composición. A Denner, lo



Albert Thonwalder

que le faltó, fué el genio de la composición y por esto no pasó de un pintor de retratos, que llevó á la exageración el estudio de lo accesorio, lo mismo en el rostro que en el traje, que en el mobiliario.

El genio de la composición, —1685-1740,—lo poseía por este tiempo Ferg, el vienés. Los mejores pintores flamencos no le aventajaban en llenar un cuadro de figuritas, sin que ni una sola de ellas esté de más, ni deje de contribuir á la acción ó animación del cuadro. Pero Ferg no salió de esto. Jamás intentó componer un gran cuadro y no se le puede estimar más que como un hábil dibujante, de otra suerte, ocupara Ferg un gran puesto en la historia del arte.

Ridinger, —1695-1767,—natural de Ulm, es el

gran pintor de Alemania, de paisajes y animales. Como paisajista, puede figurar entre los primeros de todas las escuelas reunidas; como pintor de animales, el público le concede también este puesto, pero los conocedores, encuentran que en este punto Ridinger, pinta unos ciertos animales ideales que quiere hacer pasar como imagen real de los que viven en los bosques, y como esto sucede por sus caballos, no sabemos si se ha generalizado la cosa, habiéndole encontrado su defecto precisamente en donde era más fácil de ser sorprendido.

Ridinger manejó con tanta habilidad el pincel como el buril, y sus estampas no son menos celebradas que sus cuadros, con la particularidad de que el hombre que se complacía en grabar grandes